

Los límites de la “ciberpolítica”. Internet y movimientos sociales

The limits of the "cyber-politics": Internet and social movements

Edwin Cruz Rodríguez

Resumen

Edwin Cruz Rodríguez

Politólogo, especialista en Análisis de políticas públicas de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Análisis de problemas políticos, económicos e internacionales contemporáneos de la Universidad Externado de Colombia. Candidato a doctor en Estudios políticos y relaciones internacionales e integrante del Grupo de Investigación en Teoría Política Contemporánea de la Universidad Nacional de Colombia. Asistente de docencia en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia. Entre sus últimas publicaciones se encuentra: Hernández, Diego; Cruz Rodríguez, Edwin, y Jaramillo Gabanzo, Nicolás Javier. *Ensayos de teoría política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2013.

E-mail: ecruzr@unal.edu.co

Este trabajo analiza las consecuencias ambiguas que acompañan al uso del internet en el caso particular de los movimientos sociales. Por un lado, el internet permite una comunicación más simétrica entre los activistas conectados, contribuyendo a forjar estructuras organizativas menos rígidas, a construir identidades colectivas y a difundir los marcos de acción identificando oportunidades políticas. Por otro, no resuelve el desigual acceso a las tecnologías ni la desigualdad del mundo virtual dado que no necesariamente está articulado a la construcción de compromisos con eficaces mecanismos de control.

Palabras clave: Internet, movimientos sociales, acción colectiva, activismo.

Abstract:

This paper analyzes the ambiguous consequences of the Internet use in the particular case of Social Movements. On one hand, the internet allows a more symmetrical communication between connected activists that can build less rigid organizational structures, constructing collective identities and frameworks of action. Furthermore, the activists can identify opportunities and identify political opportunities. However, the use of internet for social movements purpose do not solve the uneven access to technologies or the inequality of the virtual world as it is not necessarily articulated to build commitments with effective control mechanisms.

Key Words: Internet, Social Movements, Collective Action, Activism.

Introducción

Desde mediados de los años noventa el uso del internet por parte de distintos movimientos y organizaciones sociales ha sido creciente y acelerado. En su seminal trabajo sobre la configuración de la sociedad en red y la centralidad de la información, Manuel Castells (1997: 95) denominó el movimiento zapatista como la “primera guerrilla informacional”. Con ello daba inicio a una mirada muy optimista sobre las posibilidades del internet visto como “el prototipo de lo que serán las revoluciones del futuro” (Javaloy, Espelt y Cornejo, 2001: 31). Esa perspectiva tomó mayor fuerza con las protestas en contra de la Cumbre del Milenio de la OMC en Seattle a fines de 1999, que simbolizaron lo que entonces se denominó la emergencia del movimiento “anti-globalización”, cuya coordinación era posible en gran medida por el internet (Van Aelst y Walgrave, 2004). La visión optimista llegó a su culmen en 2011 con la denominada “primavera árabe”, los “indignados” y el *Occupy Wall Street*. En todos estos casos se resaltaba, incluso como una de las “causas”, el acceso de los manifestantes a distintas plataformas de comunicación virtual.

Cuatro años después las lecturas sobre éstos fenómenos son más complejas y cuestionan la importancia que en algún momento se definió al internet como un factor determinante de la acción colectiva, para resaltar otras variables explicativas propias del contexto específico donde se produjeron los eventos contenciosos (Massal, 2014: 350-352; González-Quijano, 2011). No obstante, aún está pendiente la precisión del impacto real que las tecnologías de comunicación virtual pueden tener sobre la producción y el desarrollo de las acciones colectivas. Si bien el impacto concreto de las TIC sobre los movimientos sociales depende de la manera como se apropian esas nuevas tecnologías y como se relacionan con las prácticas y los discursos de los movimientos (Valderrama, 2008: 97), es necesario reflexionar teóricamente sobre las relaciones entre ambos. La discusión se sitúa entre dos extremos de un continuo: de un lado los “determinismos tecnológicos”, que magnifican el impacto del internet sobre los movimientos sociales, y de otro los “determinismos sociales”, que reducen tal impacto a sus mínimas expresiones (Unás, 2010: 261).

Este trabajo analiza el problema enfatizando las ambigüedades que acarrea el uso del internet en los movimientos sociales. Para tal efecto, toma como referencia las categorías para el estudio de los movimientos sociales que ha desarrollado el enfoque de los procesos políticos (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005, p. 45; McAdam, McCarthy y Zald, 1999; Tarrow, 1997). En efecto, ésta perspectiva sostiene que la acción colectiva se produce como consecuencia de la interacción de tres macrovariables: las estructuras de movilización, los marcos de acción colectiva y las estructuras de oportunidad política. Por otra parte, siguiendo a Lee y Man (2012: 148), se concibe el internet como una plataforma multimedia, lo que quiere decir que no se distinguirá qué tipo de herramienta virtual tiene más peso explicativo, dado que las fronteras entre ellas son sumamente porosas –por ejemplo, un hipervínculo puede aparecer en distintos sitios web y redes sociales virtuales, y puede manipularse desde un PC o un teléfono celular, entre otros.

El internet reduce los costos de la comunicación y la hace más horizontal entre los activistas conectados, quienes pueden contribuir a forjar estructuras organizativas menos rígidas y verticales, a la construcción de identidades colectivas y a la difusión de los marcos de acción de los movimientos, a la identificación de oportunidades políticas y la innovación en los repertorios de acción. No obstante, en sí mismo el internet no determina la acción colectiva, no resuelve el problema del desigual acceso a las tecnologías ni la desigualdad del mundo virtual, no necesariamente posibilita la construcción del compromiso con la acción colectiva y enfrenta cada vez más eficaces mecanismos de control.

Las estructuras de movilización

Las estructuras de movilización son “los canales colectivos tanto formales como informales, a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva” (McAdam, Mc-Carthy y Zald, 1999: 25). Comprende tanto las organizaciones formales como las redes de relaciones sociales de la vida cotidiana y grupos cuya función no es la movilización pero que pueden generarla (familias, redes de amigos, asociaciones, etc.) (McCarthy, 1999: 206).

Tal vez el mayor impacto de internet sobre los movimientos sociales pueda identificarse en su dimensión organizativa. De acuerdo con Javaloy, Espelt y Cornejo (2001: 32), internet posee una serie de características que favorecen su uso por parte de los movimientos sociales, como son el carácter bidireccional e interactivo de la comunicación, así como su forma horizontal y de alcance global, que potencian la capacidad de agencia de las personas en lugar de concebirlas como simples receptores de contenidos.

Desde sus orígenes mismos, los movimientos sociales usaron distintas tecnologías de comunicación (Tarrow, 1997; Tilly y Wood, 2010), como la prensa, la radio y la televisión. Sin embargo, en primer lugar, estos medios se caracterizan por una relación asimétrica entre los usuarios, puesto que existe un emisor y varios potenciales receptores, lo cual no facilita el intercambio de opiniones. No sucede lo mismo con el internet, en la medida en que su característica distintiva es la interacción, muchas veces en tiempo real. Esta característica se articula muy bien a la orientación horizontal, descentralizada y participativa que reivindican muchos de los movimientos sociales contemporáneos y tiene un gran impacto sobre la forma como se organizan los activistas.

En efecto, a diferencia de los medios de comunicación basados en una relación unidireccional entre el emisor y el receptor mediada por un código y un mensaje que permanece intacto mientras se realiza la comunicación, el internet introduce la posibilidad de la interacción en un contexto de simetría.

Jesús Martín-Barbero (1988) llamó la atención sobre la forma distorsionada de concebir la comunicación como un acto unidireccional en el que quien controlase el medio y el código podría controlar el acto comunicativo; a su juicio, toda comunicación estaba mediada por una determinada “matriz cultural” que resignificaba los mensajes en el momento en que estos llegaban al receptor. No obstante, el internet plantea una forma de comunicación que rompe con el modelo emisor-receptor. Así, a diferencia de la radio o la televisión, caracterizadas por un centro emisor que tiene potestad sobre el mensaje,

el internet hace posible la interacción. Como sostienen Tilly y Wood (2008: 204), se trata de una forma de comunicación más simétrica:

...los medios de comunicación varían poderosamente en su grado de simetría y asimetría: los periódicos, la radio y la televisión reflejan una relación entre sus participantes extraordinariamente asimétrica, pues son pocos los productores y muchos los consumidores, mientras que las comunicaciones digitales recomponen ese equilibrio en la medida de lo posible.

En segundo lugar, el uso de los medios de comunicación convencionales acarrea elevados costos y, por consiguiente, una elevada inversión de recursos (tiempo, dinero, etc.), mientras que el carácter accesible de las nuevas tecnologías hace mucho más factible su utilización por parte de los movimientos sociales. De ahí que Tilly y Wood (2010: 204), resalten que el principal efecto de las TIC es la reducción de los costos de comunicación y coordinación entre los activistas. Así pues, potencialmente internet brinda una autonomía como medio de comunicación alternativo al de los monopolios mediáticos de la televisión y la radio (Javaloy, Espelt y Cornejo, 2001: 32)

Por otra parte, el estudio de Bennet (2004) destaca algunos de los impactos más importantes de las tecnologías de información y comunicación (TIC) como el internet sobre las organizaciones de los movimientos sociales. Primero, las tecnologías de la comunicación digital pueden contribuir a la creación de redes de estructuras menos rígidas, menos verticales y menos densas, con mayor comunicación y coordinación entre activistas alrededor del mundo. Segundo, también pueden fomentar la generación de vínculos menos centralizados en la medida en que facilitan el posicionamiento de asuntos locales en las agendas políticas de los movimientos. Finalmente, pueden dar cierta ventaja a las organizaciones o actores con menos recursos en el interior del movimiento, dado que reducen los costos de hacer escuchar su voz. Todo ello podría sintetizarse en que un efecto importante de las TIC sobre las estructuras de movilización es la relativa reducción de la importancia de organizaciones “fuertes”, con grados de formalización (estatutos, roles claramente definidos, tiempos y espacios, etc.) y profesionalización (salarios) altos (Kriesi, 1999; Rucht, 1999).

Lo anterior también se explica porque el uso de las herramientas virtuales promueve una transformación de las prácticas cotidianas en el interior de los movimientos. El internet facilita las tareas de coordinación, planificación y comunicación pero implica unas tareas, una adopción de la tecnología en comunidades donde no existía y unos procesos de formación (León, Burch y Tamayo, 2005). Por ejemplo, ahora es necesario adquirir un saber para manipular contenidos y plataformas virtuales (Valderrama, 2008: 98), pero se trata de un saber compartido pues el ciberespacio se configura como otro terreno de lucha. En otras palabras, el uso del internet en ciertos sentidos es contrario a la especialización funcional y a la división del trabajo en las organizaciones de movimientos sociales. Pero además, tal uso produce nuevas tareas e incluso nuevas actitudes, tales como la “gestión de vínculos” y la “actitud conexionista”, vitales en el quehacer de los activistas si desean ampliar el rango de influencia de su organización (Unás, 2010: 255).

No obstante, es previsible que incluso éstos impactos del internet y otras TIC sobre las estructuras de movilización sean limitados. En primer lugar, todo análisis del impacto de las TIC sobre la realidad social debería cuidarse de caer en el “determinismo tecnológico”. Como sugiere Castells, (2012: 218), “ni internet ni ninguna otra tecnología... puede ser origen de una causalidad social”. Las nuevas tecnologías no explican por qué o cuándo se produce la acción colectiva. La mayoría de las transformaciones en los movimientos sociales son resultado de los cambios en sus respectivos contextos y no de las innovaciones tecnológicas como tales (Tilly y Wood, 2010: 206). En fin, las innovaciones tecnológicas no transforman por sí mismas la vida social, no funcionan en este caso como causas suficientes aisladas de otras variables:

Debemos andarnos con pies de plomo antes de decantarnos por el determinismo en las comunicaciones, tanto en un sentido genérico como en otro más concreto: en un sentido genérico, suponiendo que cada una de estas innovaciones ha transformado por sí misma la vida social y la acción política; en un sentido concreto, imaginando que Internet y los teléfonos móviles nos brindan un poder de comunicación tan grande que alejan a la gente de las relaciones y las prácticas sociales previamente existentes (Tilly y Wood, 2010: 202).

En segundo término, las dinámicas horizontales e interactivas de la comunicación mediante las TIC se ven contrarrestadas por los niveles de desigualdad en el acceso a estas tecnologías e incluso por la desigualdad que prima en ellas en cuanto al posicionamiento de contenidos. Respecto a esta problemática de la accesibilidad, internet presenta un carácter ambiguo. Si el mundo 2.0 se asume como un espacio público, resulta ser más incluyente e igualitario que otros medios de comunicación. Como alguna vez lo dijera Bill Gates, “una de las cosas más maravillosas de la autopista informática es que la equidad virtual es más fácil de alcanzar que la equidad real... Todos somos creados iguales en el mundo virtual” (Negri y Hardt, 2001: 299). En efecto, en el ciberespacio los usuarios aparecen como “iguales”, todos los individuos tienen el mismo estatus anónimo. Pero, además, a diferencia de la esfera pública burguesa, excluyente de lo diverso, los usuarios de internet tienen la posibilidad de manifestar su diferencia si así lo consideran. En otras palabras, en el espacio abierto del internet los individuos tienen las mismas posibilidades de hacerse oír y, además, de poner en discusión esas diferencias de género/sexo, clase, o étnicas, entre otras, que la esfera pública liberal relegó al espacio de lo privado. Finalmente, el internet brinda la posibilidad de intercambiar opiniones y de coordinar deliberaciones y acciones a grandes distancias, más allá de la comunidad de pertenencia de los usuarios.

No obstante, al examinar la situación fuera del mundo virtual, las condiciones de accesibilidad aparecen profundamente desiguales. Obviamente, las anteriores ventajas del internet operan solamente para las personas que tienen acceso a la red, lo cual es problemático si se tiene en cuenta que la conectividad sigue siendo desigual en el Planeta, entre países del norte y del sur global, e incluso en el interior de los países en términos de clases, estratos socioeconómicos o regiones. Como sugieren Tilly y Wood (2008: 204), “cada nueva forma de contacto posible gracias a las comunicaciones facilita un conjunto específico de relaciones sociales al tiempo que excluye a otras personas, aquellas que no tienen acceso a la tecnología en cuestión”. Por consiguiente, fuera del ciberespacio se mantienen las restricciones de accesibilidad y se ven limitadas las posibilidades de una comunicación simétrica.

Tales restricciones no sólo se explican porque no existan las posibilidades reales de conectarse, que podrían implicar la exclusión de ciertos espacios o regiones, por ejemplo, siempre los individuos residentes en países desarrollados tendrán más oportunidades de acceso; o por falta de recursos económicos o culturales para hacerlo, lo que se traduce en exclusión basada en criterios de clase. El denominado “analfabetismo digital” o “brecha digital”, la carencia del conocimiento técnico para interactuar a través de un ordenador, funciona como una barrera de acceso. También puede suponer exclusiones de sexo/género o de raza/etnia, si se tiene en cuenta que en las sociedades patriarcales y racistas o excluyentes, las personas situadas en los estratos sociales más bajos pertenecen a estas categorías. Así pues, las nuevas tecnologías y el internet no necesariamente son más democráticos, excluyen e incluyen al igual que cualquier otro medio de comunicación, aunque potencialmente sean más simétricos entre quienes estén conectados.

Además, aún entre las personas conectadas o con acceso a este tipo de tecnologías operan mecanismos de desigualdad. Si bien potencialmente todos los usuarios tienen la misma posibilidad de expresarse y poner a circular su punto de vista, en la práctica el grado en que su opinión consiga ser escuchada depende de la cantidad de recursos que el usuario tenga a su disposición para promocionar su mensaje. Estas constricciones se explican en cierta forma porque internet sigue siendo, antes que nada, un negocio (León, O., Burch S., Tamayo, E., 2001: 42). De esta forma, la libertad de expresión tiende a convertirse más en un privilegio, al que acceden quienes disponen de la capacidad para implementar distintas estrategias de mercadeo, que en un derecho igualitario. Por ejemplo, no es igual expresar opiniones en un blog que no es visitado que publicarlas en una página que determina “tendencias”. Ello pone en evidencia que en internet también existen monopolios y oligopolios que no funcionan en forma radicalmente diferente a los del mercado, en particular el de la comunicación, en el mundo “real”. Por tanto, la potencial autonomía del internet respecto de los monopolios mediáticos también se ve limitada.

En fin, estas constricciones se traducen también en problemas organizativos para los movimientos sociales, especialmente para aquellos que operan a escala transnacional o global. Las innovaciones tecnológicas redujeron los costos de comunicación al aumentar el ámbito geográfico de las comunicaciones del movimiento social. Sin embargo, aunque reducen los costos de coordinación entre activistas que ya estén conectados entre sí, excluyen a los que no tienen acceso a los nuevos medios y acentúan el carácter desigual de las comunicaciones (Tilly y Wood, 2010: 204). Así, en la medida en que los movimientos sociales internacionalmente coordinados dependan de las comunicaciones electrónicas su situación será más cómoda en los países ricos que en los pobres (Tilly y Wood, 2010: 208), lo cual implica un desafío para las organizaciones de movimientos sociales que quieren representar las demandas de poblaciones ubicadas en el sur global pero operan desde el norte. La exclusión de las personas sin acceso a estas tecnologías puede traducirse en la exclusión de categorías sociales completas, como pueden ser en ciertas regiones los campesinos, los indígenas, las madres cabeza de familia, etc. Al respecto arguyen Tilly y Wood (2010: 208):

De todo esto extraemos dos conclusiones. La primera: en la medida en que los movimientos sociales internacionalmente coordinados dependan de las comunicaciones electrónicas, su situación será muchísimo más cómoda en los países ricos que en los pobres. La segunda, las comunicaciones electrónicas ponen en contacto de un modo selectivo a los activistas del movimiento social, tanto internacional como nacionalmente. Toda aquella persona en la India o Kazajstán, por ejemplo, a la que un organizador noruego puede llegar por medios electrónicos forma parte de una reducidísima elite en el terreno de las comunicaciones. A la larga, la difusión de las comunicaciones de última generación debería equiparar las oportunidades al alcance del movimiento social a escala internacional. En el ínterin, este aspecto importante de la globalización está haciendo del mundo un lugar más desigual.

En fin, el internet da la oportunidad de que los activistas de los movimientos sociales pongan en práctica una comunicación más simétrica y con costos menores a los medios masivos de comunicación, con lo cual pueden forjar estructuras organizativas menos rígidas y verticales, más densas y descentralizadas, y potencialmente agenciar una dinámica autónoma de comunicación. No obstante, no conviene pensar que las TIC y el

internet llegan a determinar las transformaciones sociales o explicar por sí mismas la acción colectiva. Además, las ventajas que potencialmente suponen en cuanto a estructuras organizativas contrastan con la desigualdad en el acceso a tales tecnologías e incluso las desigualdades entre las personas conectadas, lo cual puede conllevar problemas de coordinación, comunicación y compromiso.

La dimensión simbólica de los movimientos sociales

Los marcos de acción colectiva son “esquemas interpretativos” mediante los cuales los participantes en un movimiento social conciben y explican el mundo (Snow y Benford, 1992: 137). De acuerdo con Tarrow (1997: 57), se trata de “significados compartidos que impulsan a las personas a la acción colectiva”. Esta categoría funciona como un correctivo al estructuralismo de ciertos enfoques, porque resalta la importancia de la cultura en los procesos de movilización, pues parte de una epistemología constructivista donde los significados son construidos socialmente y los intereses materiales no se traducen por sí mismos en guías para la acción (Tarrow, 1999: 209). Además, presta atención al papel activo de los actores pues “tanto la cultura como el proceso enmarcador de ideas se conciben estratégicamente” (Zald, 1999: 369). De esa forma, el concepto de marcos reformula la tensión entre sujeto y estructura, y recoge la preocupación de los teóricos de los nuevos movimientos sociales por los procesos colectivos que median entre las condiciones estructurales y la acción, y la construcción de la identidad. Como afirmaba uno de los autores representativos de dicha corriente, Alberto Melucci (1999: 61):

Entre el análisis de los determinantes estructurales y el de las preferencias individuales falta el análisis del nivel intermedio relacionado con los procesos mediante los cuales los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente.

Por consiguiente, una de las preocupaciones centrales de los últimos decenios de cara a la explicación de la acción colectiva, esto es, la construcción de la identidad colectiva, deja de verse como la adopción acrítica de un rol o de una posición dentro de la

estructura social, pero al mismo tiempo es capaz de ver las construcciones estructurales en medio de las cuales se construye. Como decía Melucci (1999: 66):

La identidad colectiva es, por lo tanto, un proceso mediante el cual los actores producen las estructuras cognitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costos y beneficios de la acción; las definiciones que formulan son, por un lado, el resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por el otro, el fruto del reconocimiento emocional.

El objetivo de los marcos es “forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismos que legitimen y muevan a la acción colectiva” (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 27). Por esta razón, los procesos de enmarcado implican un conflicto entre distintas visiones del mundo, formas de explicar los problemas, soluciones y cursos de acción. Esta disputa tiene lugar tanto en el interior de los movimientos como en su ámbito externo pues los marcos son cuestionados por espectadores, funcionarios estatales o contramovimientos (Zald, 1999: 370; Rivas, 1998: 207). De su desenlace depende la efectividad del marco.

El internet y otras TIC contribuyen con esta dimensión de los movimientos sociales porque promueven la generación de la identidad colectiva entre los participantes en el movimiento y en tanto permitan transmitir sus mensajes con el fin de enrolar a otras personas a las movilizaciones o conseguir el respaldo de la opinión pública.

Internet puede forjar “comunidades virtuales”, esto es, comunidades cuyo vínculo no depende del conocimiento cara a cara, sino del contacto virtual, formado por el hecho de compartir contenidos en plataformas virtuales o la afirmación de la pertenencia a un grupo (Javaloy, Espelt y Cornejo, 2001: 33). Así, en términos de los marcos de acción colectiva, el internet contribuye al alineamiento de marcos en la medida en que son visibles para organizaciones, redes e individuos que pueden tener afinidades con las agendas o plataformas discursivas del movimiento. En otras palabras, contribuyen a crear identidad colectiva (Garret, 2006: 207).

Por ejemplo, además de las múltiples actividades de comunicación política que se despliegan en el mundo virtual, actualmente es común que eventos como las asambleas de los movimientos se transmitan en tiempo real por internet. Ello reviste una serie de significados muy relevantes para los activistas, desde afirmar la horizontalidad y la transparencia en las discusiones y en los procesos de toma de decisiones, hasta promover los eslóganes, símbolos y consignas que estructuran la plataforma discursiva del movimiento. Incluso por esta vía los movimientos pueden contribuir a difundir determinadas emociones (solidaridad, dignidad, ira, etc.), las cuales, si bien es cierto que por sí solas no explican cómo ni por qué se produce la acción colectiva, no deben excluirse del análisis (Massal, 2014).

Pero los efectos de las TIC respecto de los marcos de acción colectiva no se agotan en la construcción del consenso entre los activistas ya comprometidos, sino que también pueden coadyuvar en el proceso de “alineamiento de marcos” (Rivas, 1998), mediante el cual se producen distintos tipos de articulación entre los discursos de las organizaciones de los movimientos sociales y otros tipos de discursos de grupos y organizaciones que previamente no están vinculados a la acción colectiva.

Más aún, de acuerdo con Lee y Man (2012: 149), las TIC y el internet pueden contribuir a mejorar la recepción de sus mensajes por la opinión pública, en la medida en que la comunicación puede ser más directa y efectiva, si se compara con los medios masivos de comunicación, con mucha frecuencia en manos de grupos económicos o políticos poderosos. De esa forma, pueden ser instrumentos importantes para desarrollar la “política cultural” de los movimientos sociales. Este concepto designa las disputas que todo movimiento emprende con el fin de cambiar los significados dominantes de la cultura política (Escobar et. al, 2001). Tanto las prácticas como los discursos de los movimientos disputan los significados hegemónicos de la ciudadanía, la democracia, la política y lo político, la igualdad, la justicia, etc., que van sedimentando paulatinamente el entendimiento que se tiene de ellos en una sociedad y, de esa manera, logran impactar en la forma como se desarrollan las relaciones sociales. Así, en la medida en que el

internet contribuya a difundir y posicionar sus discursos, también contribuye a desarrollar de forma eficaz su política cultural.

Sin embargo, el impacto del internet sobre la dimensión de los marcos de acción colectiva también presenta límites. En cuanto al grado en que contribuyen a la construcción del consenso, los sentidos sociales y la identidad del movimiento, suponen una brecha en la forma como esa identidad colectiva pueda traducirse efectivamente en compromiso. Lo anterior por dos conjuntos de razones:

Primero, porque establecen un hiato entre el grado de compromiso y la acción colectiva efectiva. En otras palabras, el compromiso que se forja en el mundo virtual no necesariamente se traduce en acción colectiva en el mundo real. El compromiso ha estado articulado a varias dimensiones de los movimientos sociales, como son la ideología, las redes sociales que sustentan la acción colectiva y los incentivos que encuentran los individuos para vincularse a ella.

Como arguye Bennet (2004), las TIC pueden reducir el papel de la ideología en la construcción del compromiso de los individuos con la acción colectiva. A este respecto, Zald (1999: 371), distingue la cultura, como el entramado simbólico de una sociedad, de la ideología, que corresponde “a un conjunto de creencias que sirven para justificar u oponerse a un orden político determinado, además de para interpretar el mundo de lo político”, y de los marcos de acción colectiva, que designan “metáforas específicas, representaciones simbólicas o indicaciones cognitivas utilizadas para presentar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción alternativas”. A partir de estos conceptos, es posible afirmar que si bien el internet puede coadyuvar a difundir los marcos de acción colectiva de los movimientos, ello no necesariamente implica que los individuos, grupos y organizaciones que compartan ese marco de acción tengan un compromiso con una ideología. Esta última es un conjunto de creencias con una estructura más lógica y compleja que los marcos, por consiguiente, las TIC pueden ser usadas para orientar las posiciones individuales respecto de temas específicos a nivel de los marcos, posiciones que serán cambiantes y que no implican el mismo

compromiso que tiene un activista con una ideología o con la acción colectiva en el largo plazo.

Por otra parte, más que con el convencimiento en una causa o un proyecto político particular, el compromiso se produce a partir de redes de relaciones preexistentes y, con frecuencia, de vínculos como la amistad o el amor, que difícilmente pueden conseguirse si el contacto entre las personas se limita a la esfera virtual, pero que incluso si se consigue por este medio no necesariamente llevará al compromiso con la acción colectiva (Gladwell, 2010). Esto sin mencionar que pese a que el carácter igualitario y muchas veces anónimo del uso de las TIC genera una situación de igualdad, también puede conducir a la ausencia de compromiso a la hora de deliberar. Una de las quejas más recurrentes de los usuarios de redes sociales como Facebook o Twitter es el bajo nivel de la argumentación, cuando no la irresponsabilidad de quienes intervienen en debates, lo cual no sólo supone una falta de compromiso con la acción colectiva *offline*, sino también *online*.

Finalmente, desde otra perspectiva, el internet y las TIC no necesariamente solucionan la paradoja de la acción colectiva planteada a mediados del siglo XX por Mancur Olson (1992). Este economista norteamericano partió del supuesto de que los individuos son actores racionales y, en consecuencia, para vincularse a la acción colectiva realizan un cálculo de costo y beneficio. Sin embargo, la paradoja consiste en que si todos los individuos realizan ese cálculo encontrarán que tendrán más beneficios si otros realizan el esfuerzo y acarrean con los costos que implica comprometerse en la acción colectiva y, por lo tanto, se abstendrán de participar y la acción colectiva no tendrá lugar. Ahora bien, para Olson, la forma como las organizaciones solucionan esta paradoja es distribuyendo incentivos selectivos (individuales) positivos (premios) o negativos (castigos), de tal forma que en el cálculo de costo y beneficio que realizan los individuos no sólo está presente la causa colectiva de la movilización, sino también la consecución de ese tipo de incentivos. El uso del internet y las TIC no necesariamente resuelve la paradoja de Olson, puesto que si bien pueden ser eficaces en difundir la causa, el proyecto político o la plataforma discursiva del movimiento, ello no

necesariamente motivará al compromiso. Se incurre en menos costos de diversa índole, empezando por el propio tiempo, al tener un compromiso virtual con una causa determinada que al vincularse activamente en la acción colectiva. De ahí que Tilly y Wood (2010: 210), afirmen que las nuevas tecnologías hacen que los movimientos sean progresivamente más vulnerables a problemas de coordinación, control y compromiso. La actividad en línea no implica un compromiso más allá de la esfera virtual, la existencia de una estrategia colectiva o una participación prolongada (Tilly y Wood, 2008: 210).

En segundo lugar, también las posibilidades de difundir mensajes o discursos, alinear marcos de acción colectiva y llevar a cabo la política cultural del movimiento mediante el internet enfrenta unas limitaciones, que se refieren fundamentalmente a las restricciones que impone el mercado, las cuales no se reducen a la disposición de recursos. La facilidad con que pueden discurrir e interactuar los discursos en el internet se ve contrarrestada por las lógicas de mercado, las lógicas de censura y control que también operan y la carencia de deberes o, cuando menos, de compromiso de los usuarios. En el posicionamiento de las “tendencias” en internet, así como en la creación de seguidores y audiencias para un determinado mensaje, operan mecanismos de mercado similares a los que se ponen en práctica para medios de comunicación como la radio y la televisión. En este sentido, operan formas de medición que comprenden el número de visitas de un *web site*, el número de lecturas, el número de seguidores o de “me gusta”, los cuales dependen de estrategias de mercadeo que empiezan por la publicidad en sitios más visitados o por el uso de otros medios, como la radio o la televisión. Así, el grado en que el uso del internet contribuya a difundir los mensajes de los movimientos dependerá en la práctica de la cantidad de recursos que puedan invertir y de su capacidad para competir en ese mercado.

Además, no todo mensaje puede generar eco o ser bien recibido en la sociedad y la opinión pública, ello depende de la cultura política, las tradiciones, los gustos de las audiencias, etc., a donde se va a orientar el mensaje. En términos de los marcos de acción colectiva el alineamiento de marcos, la posibilidad de compartir un mismo

mensaje, puede tener como costo reducir la diversidad cultural. En el mundo “real” un mensaje puede ser transmitido de distintas formas, acudiendo a distintos lenguajes y puestas en escena. En cambio, en el mundo virtual, si bien existe la posibilidad de la multimedia, las posibilidades no dejan de ser restringidas, especialmente cuando se piensa en movimientos que operan a escala transnacional o global. Este problema se agudiza si se tienen en cuenta las grandes “barreras idiomáticas” que subsisten entre las bases de los movimientos sociales (León, Burch y Tamayo, 2005: 71). Como indica Narváez (2002: 35), “para converger en la red todas las culturas tienen que asumir el sistema sintáctico alfanumérico y el sistema técnico digital y traducir sus contenidos a sus formas analíticas y fragmentadas propias de la cultura occidental... por tanto, la convergencia cultural no conduce a multiculturalidad sino más bien a la homogeneización de todas las culturas por la asimilación a la cultura occidental”. Así, la desigualdad no sólo se produce entre quienes están conectados y los que no, sino también entre quienes imponen los códigos y signos de comunicación sobre los que deben asimilarlos como condición para hacerse escuchar.

En suma, si bien el internet y otras TIC pueden contribuir a una comunicación que conduzca a la construcción de identidades colectivas entre los miembros de un movimiento así como a difundir su mensaje y su política cultural hacia otros actores, ello no necesariamente se traduce en compromiso con la acción colectiva y menos en el largo plazo, y puede generar asimetrías de tipo económico y cultural entre los activistas.

Las oportunidades políticas y los repertorios de acción

El concepto de estructura de oportunidad política (EOP) hace referencia a dimensiones del entorno político que fomentan o desincentivan la acción colectiva: “los movimientos sociales se forman cuando los ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las élites y las autoridades” (Tarrow, 1997: 49). Esta definición puede ser bastante “estructuralista”, dado que supone que las oportunidades son factores objetivos del contexto, con independencia del nivel de agencia de los actores. Sin embargo, en otros textos el autor

hace énfasis en la interpretación de las oportunidades por parte de los actores, por ejemplo:

Cuando hablo de oportunidad política estoy haciendo referencia a *señales continuas* –aunque no necesariamente permanentes, formales o a nivel nacional- percibidas por los agentes sociales o políticos que les animan o desaniman a utilizar los recursos con los que cuentan para crear movimientos sociales. Según mi concepto de la oportunidad política habría pues que considerar, no sólo las estructuras formales, como las instituciones, sino también las estructuras de alianza generadas por los conflictos, que contribuyen a la obtención de recursos y crean una red de oposición frente a constricciones o limitaciones externas al grupo (Tarrow, 1999: 89).

De esta concepción se infiere que la oportunidad política implica un proceso cognitivo o interpretativo por parte del actor o, en otros términos, que si las oportunidades son “señales percibidas”, se requiere una lectura por parte de los actores para que develen su existencia y puedan aprovecharlas. Este punto de vista es radicalizado por autores como Gamson y Meyer (1999: 401), para quienes sin ese proceso de interpretación por parte de los actores, no puede hablarse de oportunidad política:

...cuando no se reconoce la oportunidad es como si no existiera. La oportunidad política implica la percepción de una posibilidad de cambio, es decir, tiene un componente que es, básicamente, un «constructo» social. Los elementos más estables de la oportunidad política delimitan el ámbito en el que toda una serie de actores luchan por definir las oportunidades (Gamson y Meyer, 1999: 401).

La EOP comprende la estructura política institucional y las relaciones informales de poder de un sistema político nacional, y se usa como una variable o una serie de variables independientes para explicar el origen, la forma o incluso el impacto alcanzado por los movimientos (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 23). El concepto ha sido criticado principalmente por su amplitud, pues hace referencia a cualquier dimensión del contexto que actúe sobre los movimientos. Al incluir tantas variables corre el riesgo de no explicar nada (Gamson y Meyer, 1999: 389; della Porta, 1999: 102). De ahí que se haya tratado de puntualizar las variables pertinentes, pues como

sostiene McAdam (1999: 59), para evitar la dispersión, es necesario hacer explícita la variable dependiente a explicar y la dimensión concreta de la EOP que la explica.

En este sentido, para Tarrow (1999: 90), “existen cuatro tipos de indicadores importantes: la posibilidad de acceder al poder, los cambios en las alineaciones, la posibilidad de contar con aliados influyentes y las escisiones en el seno de las élites”.

McAdam (1999: 54- 55), por su lado, sostiene que serían parte de la EOP: “1. El grado de apertura relativa del sistema político institucionalizado. 2. La estabilidad o inestabilidad de las alineaciones entre élites, alineaciones que ejercen una gran influencia en el ámbito de lo político. 3. La presencia o ausencia de aliados entre las élites. 4. Capacidad del Estado y su propensión a la represión”.

Así pues, el impacto que tenga el uso del internet sobre las EOP puede ponderarse desde tres perspectivas. Primero, por el grado en que contribuyan o no a realizar una interpretación colectiva del contexto político y definir y aprovechar las posibles oportunidades. Segundo, la forma en que permita establecer contacto con aliados potenciales, sea en el terreno de la política institucional o con otros movimientos y organizaciones sociales. Tercero, por la manera en que el internet pueda contribuir a implementar repertorios de acción novedosos que posibiliten el aprovechamiento de distintas oportunidades. De cierta forma, el primero y el segundo aspectos están comprendidos en los marcos de acción colectiva, en tanto hacen parte del proceso de interpretación colectiva de la realidad que se desarrolla en el interior de los movimientos sociales que anteriormente se trató, por lo que debemos concentrarnos en la forma como el internet afecta los repertorios de acción colectiva.

El repertorio de acción colectiva es el conjunto de formas que tienen los actores para transmitir sus demandas a las autoridades. Concretamente, se traduce en “el uso combinado de algunas de las siguientes formas de acción política: creación de coaliciones y asociaciones con un fin específico, reuniones públicas, procesiones solemnes, vigilias, mítines, manifestaciones, peticiones, declaraciones a y en los medios públicos, y propaganda” (Tilly y Wood, 2010: 22). Ese conjunto de formas cambia con el tiempo en el largo y en el corto plazo. En el largo plazo, por ejemplo, algunas de las

características de los repertorios de los movimientos sociales modernos frente a las acciones colectivas premodernas consisten en el abandono del uso de la violencia y en acudir a las autoridades estatales en lugar de hacer justicia por mano propia, entre otros, los cuales se desarrollaron en ciclos de larga duración desde mediados del siglo XVIII (Tarrow, 1997).

En el corto plazo, el cambio en los repertorios de acción está asociado con los cambios en la EOP. Así por ejemplo, es bien sabido que el nivel de represión tiene gran incidencia en la forma que adoptan los repertorios de acción (della Porta, 1999: 102), los manifestantes pueden preferir la acción institucional o no disruptiva si los costos de movilización en términos de represión son muy altos. Además, McAdam (1999: 58) sugiere que cuando disminuye la capacidad de represión estatal de la protesta es más factible que emerjan movimientos poco institucionalizados. ¿Cómo influye el internet en los repertorios de protesta?

El uso de medios de comunicación por los movimientos no es nuevo, aunque el impacto mediático de los movimientos fue mayoritariamente insertado en sus repertorios de acción luego de los años sesenta (Ruch, 2004). En aquel entonces, los denominados “nuevos movimientos sociales” integraron en sus estrategias y sus prácticas de movilización contenidos lúdicos, festivos y dramáticos con el fin de llamar la atención de los medios masivos y, de esa forma, llegar a transmitir su mensaje a la mayor cantidad de personas.

El internet opera sobre los repertorios cuando menos en dos sentidos. Por una parte, en tanto que facilita la coordinación y la comunicación entre los activistas conectados, puede permitir la identificación y el aprovechamiento de las oportunidades políticas en menor tiempo. En otras palabras, mediante la utilización del internet los movimientos pueden tener una lectura del contexto político en tiempo real, para de esa manera aprovechar las coaliciones con aliados potenciales o prevenir la represión, entre otras cosas (Garret, 2006: 216). Tener una lectura del grado de apertura del sistema político institucional, del estado de las coaliciones que lo sustentan, de los niveles de represión

potencial o de los aliados influyentes permite entonces definir los repertorios de acción más eficientes en una situación dada.

Por otra parte, como antes se afirmaba, el internet influye a los activistas a cambiar sus prácticas cotidianas en el interior del movimiento. Así, con ellas han surgido los repertorios virtuales. Por ejemplo, aunque no siempre vinculado con la acción colectiva *offline*, hoy es común hablar de “hacktivismo” e incluso de prácticas como el boicot o la desobediencia civil virtual (Loreto, 2004). Se podría suponer que éste tipo de prácticas están alejadas de la acción colectiva en estricto sentido, puesto que comprometen individuos que manipulan signos a través de sus ordenadores. Sin embargo, como arguye Valderrama (2008: 97), cada vez es más problemático suponer que el mundo virtual es totalmente ajeno al de las prácticas del mundo real y concreto. Por eso, en la práctica, lo más probable es que el activismo virtual sea una opción más, dentro de una gama más amplia de acciones virtuales y “reales”, a las que recurren los activistas en función de la variación de la EOP en el tiempo.

Por ejemplo, es posible que este tipo de repertorio pueda ubicarse en ciertas fases de la protesta, como en los momentos previos que requieren el enrolamiento y la captación del compromiso de quienes se movilizan, o en aquellos momentos en que la represión se recrudece para, entre otras cosas, tener la posibilidad de denunciarla. Con todo, no debería dejarse de lado el fenómeno del activismo exclusivamente virtual, puesto que como señala Castells (2012: 220), internet posibilita el establecimiento de vínculos autónomos entre las personas con ideas, sentimientos o intereses similares, que forjan una “cultura de la autonomía”.

Ahora bien, las limitaciones tanto al conocimiento y aprovechamiento de las oportunidades como al uso de repertorios de acción innovadores mediante las TIC tienen que ver principalmente con las formas de control. Hoy sabemos que el internet no es un espacio del todo desregulado, pues de la misma forma como ésta tecnología puede ser usada por los movimientos sociales también puede ser utilizada e intervenida por las fuerzas de seguridad para anticiparse a las acciones de los movimientos. Aún más, el Internet brinda posibilidades no imaginadas de control y de censura focalizada por

distintos criterios (geográficos, por contenidos, por tipos de usuarios, etc.), y de esa forma pone en riesgo permanentemente la intimidad, la privacidad y los derechos humanos (León, O., Burch S., Tamayo, E., 2001: 54).

La posibilidad potencial que tienen los usuarios para manifestar sus opiniones en el internet se ven truncadas por aquello que Manuel Castells (2001: 196) denominó las “tecnologías de control”, mecanismos de censura que se despliegan en cada página web, o bien en un espacio territorial determinado. Hoy sabemos que los datos personales, imágenes e informaciones de todo tipo son conocidas y almacenadas sistemáticamente por los servidores a los que como usuarios tenemos acceso. Nuestros mensajes de correo electrónico no viajan directamente al destinatario, sino que pasan por un sinnúmero de ordenadores antes de arribar a la cuenta de destino, dejando una huella en cada uno de ellos. Redes sociales como Facebook disponen de cláusulas sobre el uso de los datos que le permiten disponer de todo lo que los usuarios almacenan en su cuenta y Google, el más exitoso de los buscadores, cuenta con tecnologías que le permiten registrar cada página visitada por cada uno de los usuarios, lo cual se traduce en el conocimiento de sus preferencias, intereses y deseos y, lo que es más importante, en la capacidad de dirigir u orientar sus búsquedas. Todo ello sin contar con el uso indebido que las mencionadas empresas pueden hacer con los datos de los usuarios, al destinarlos sin autorización para campañas de mercadeo o, peor aún, al compartir sus bases de datos con agencias de inteligencia sin el debido control judicial.

En síntesis, el internet puede contribuir a la identificación y el aprovechamiento de las oportunidades políticas, muchas veces en tiempo real, así como a innovar en los repertorios de acción de los movimientos mediante el activismo virtual, pero estas ventajas resultan contrarrestadas por los cada vez más estilizados mecanismos de control.

Corolario

Este trabajo presentó un examen de los impactos diferenciados que el uso del internet puede tener sobre los movimientos sociales, acudiendo a la “agenda clásica” de los

estudios sobre la movilización. Esta propuesta teórica y metodológica permite realizar una lectura matizada de tales impactos.

Respecto a las estructuras de movilización, la dimensión organizativa de los movimientos sociales, el uso del internet puede tener como consecuencia la puesta en práctica de una comunicación menos costosa y más simétrica entre los activistas conectados, y esto, a su vez, puede forjar estructuras organizativas menos densas, más descentralizadas, menos rígidas y menos verticales, así como menos formalizadas y profesionalizadas. Con todo, el internet por sí mismo no funciona como una causa suficiente para determinar los cambios en las relaciones sociales y su uso por parte de los movimientos sociales también presenta limitaciones, entre ellas el hecho de que sus ventajas no se aplican para quienes permanecen desconectados y, aún entre quienes tienen acceso a tales tecnologías, existen mecanismos de mercado que conllevan desigualdades y potenciales problemas de compromiso, coordinación y comunicación.

En relación con los marcos de acción colectiva, el uso del internet puede hacer más eficaces los procesos de construcción del consenso, construcción de la identidad colectiva y producción de marcos de acción colectiva entre los activistas. También puede ser efectivo en la transmisión de los mensajes, marcos o plataformas discursivas de los movimientos. Sin embargo, la difusión no necesariamente se traduce en un compromiso con la acción colectiva en el largo plazo, debido a las desigualdades económicas y culturales que acarrea, entre otras cosas.

Finalmente, en lo que respecta a las EOP, el internet puede hacer más eficaz la identificación y el aprovechamiento de las oportunidades políticas en tiempo real, dada la rapidez de las comunicaciones, así como motivar la innovación en los repertorios de acción. Pero su impacto resulta limitado debido a los crecientes y estilizados mecanismos de control y censura empleados por distintos actores, que funcionan de forma análoga a la represión del mundo *offline*.

Referencias

- Bennet, W. (2004), "Communicating global activism. Strengths and vulnerabilities of networked politics" en W. De Donk, B. Loader, P. Nixon, D. Rucht (Eds.), *Cyberprotest. New Media, Citizens and Social Movements* (pp. 109-128), New York and London, Routledge.
- Castells, M. (1997), *La era de la información Volumen 2. El poder de la identidad*, Madrid, Alianza.
- Castells, M. (2001), *La galaxia internet*, Madrid, Areté.
- Castells, M (2012), *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era del Internet*, Madrid, Alianza.
- De Donk, W., Loader, B., Nixon, P. Rucht, D. (2004), *Cyberprotest. New Media, Citizens and Social Movements*, New York and London, Routledge.
- della Porta, D. (1999), "Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta". En D. McAdam, J. McCarthy, y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 100-142), Madrid, Itsmo.
- Domínguez, M. (2007), "Comunidades emocionales y pospolítica" en *Revista de Ciencias Humanas UTP*, 37, pp. 117-135.
- Escobar, A. Álvarez, S. y Dagnino, E. (2001), "Introducción. Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos" en A. Escobar, S. Álvarez y E. Dagnino (Eds.), *Política cultural y cultura política. Una mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá, Taurus-ICANH.
- Gamson, W. y Meyer, D. (1999), "Marcos interpretativos de la oportunidad política". En D. McAdam, J. McCarthy. y M. Zald., *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 398-412), Madrid, Itsmo.
- Garrett, R. K. (2006), "Protest in an Information Society: A Review of Literature on Social Movements and New ICTs" en *Information, Communication and Society*, 9(2), pp. 202-224.

- Gladwell, M. (2010), “¿Por qué la revolución no será tuiteada?” en *El Malpensante*, 114.
- González-Quijano, Y. (2011), “Las revueltas árabes en tiempos de transición digital. Mitos y realidades” en *Nueva Sociedad*, 235, pp. 110-121.
- Javaloy, F., Espelt, E., Cornejo, J. (2001), “Internet y movimientos sociales: un enfoque psicosocial” en *Anuario de Psicología*, 32(2), pp. 31-37.
- Kriesi, H. P. (1999), “La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político” en D. McAdam, J. McCarthy, y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 221-261), Madrid, Itsmo.
- Lee, F. y Man, J. (2012), “Activating Support for Social Movements. The Effect of the Internet on Public Opinion toward Social Movements in Hong Kong” en *Taiwan Journal of Democracy*, 8 (1), pp. 145-167.
- León, O., Burch S., Tamayo, E. (2005), *Comunicación en movimiento*, Quito, ALAI.
- León, O., Burch S., Tamayo, E. (2001), *Movimientos sociales en la red*, Quito, ALAI.
- Loreto, V. (2004), “¿Movimientos sociales en la Red? Los hacktivistas” en *El Cotidiano*, 20 (126), pp. 1-8.
- Martín-Barbero, J. (1988), *De los medios a las mediaciones*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Massal, J. (2014), *Revueltas, insurrecciones y protestas. Un panorama de las dinámicas de movilización en el siglo XXI*, Bogotá, IEPRI-Debate-Universidad Nacional de Colombia, 2014.
- McAdam, D McCarthy, J. y Zald M. (1999), “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales”. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 21-46), Madrid, Itsmo.
- McAdam, D. (1999), “Orígenes terminológicos, problemas actuales, futuras líneas de investigación”. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 49-70), Madrid, Itsmo.

- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, Ch. (2005), *Dinámica de la contienda política*. Barcelona, Hacer.
- McCarthy, J. (1999), “Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades”. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 205-220), Madrid, Itsmo.
- Melucci, A. (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México.
- Narvárez, N. (2002), “Nuevas tecnologías de comunicación. Desigualdad económica y cultural”. En *Signo y Pensamiento*, 21(41), pp. 34-46.
- Negri T. y Hardt M. (2001), *Imperio*, Bogotá, Desde Abajo.
- Oberschall, A. (1999), “Oportunidades y creación de marcos en las revueltas de 1989 en el Este de Europa”. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 143-181), Madrid, Itsmo.
- Olson, M. (1992), “La lógica de la acción colectiva”. En A. Batlle (ed.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp.203-220), Barcelona, Ariel.
- Rivas, A. (1998), “El análisis de los marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”. En P. Ibarra y B. Tejerina (Eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural* (pp. 181-215), Madrid, Trotta.
- Rucht, D. (1999), “El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: un estudio comparado transnacional y entre movimientos”. En D. McAdam, J. McCarthy, y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 262-287), Madrid, Itsmo.
- Rucht, D. (2004), “The Quadruple “A”. Media strategies of protest movements since the 1960”. En W. De Donk, B. Loader, P. Nixon, D. Rucht (Eds.), *Cyberprotest. New Media, Citizens and Social Movements* (pp. 25-48), New York and London, Routledge.
- Snow, D. y Benford, R. (1992), “Master frames and cycles of protest”. En A. Morris y C. McClury (Eds.), *Frontiers in social movement theory* (pp. 133-155), New Haven and London, Yale University Press.

Tarrow, S. (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.

- (1999), “Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales”. En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 71-99), Madrid, Itsmo.

Tilly Ch. y Wood L. (2008), *Los movimientos sociales 1778-2008. De sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica.

Unás, V. (2010), “Nuevos repertorios tecnológicos y movimientos sociales: el caso de la Asociación Indígena del Norte del Cauca (ACIN)”. En *CS*, 6, pp. 255-282.

Valderrama, C. (2008), “Movimientos sociales, TIC y prácticas políticas” en *Nómadas*, 28, pp. 94-101.

Van Aelst, P y Walgrave, S (2004), “New Media, new Movements? The role of the internet in the shaping of the anti-globalization movement”. En W. De Donk, B. Loader, P. Nixon, D. Ruch (Eds.), *Cyberprotest. New Media, Citizens and Social Movements* (pp. 87-107), New York and London, Routledge.

Zald Mayer N. (1999), “Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos” En D. McAdam, J. McCarthy, y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 369-388), Madrid, Itsmo.

Artículo recibido el 28/08/2014
Artículo aceptado el 12/12/2014